

Ecós de venganza 5: El último ajusticiado

Hace algún tiempo, en otro lugar donde nunca han oído hablar de la Tierra

Ztar-Lynn siempre había pensado en dejarlo, pero siempre había encontrado motivos para llevar a cabo algún trabajo más. Ahora, en la Taberna del Odiador, tomaba una bebida ignota de colores fluorescentes a través de los filamentos de sus dedos, y escuchaba jubiloso los vítores de los parroquianos de todas las especies conocidas, que aplaudían su inmensa amabilidad al haber invitado a la última ronda. En la mesa de al lado, un redondiano rodaba para absorber por sus poros cutáneos el polvo multicolor que le había comprado. En la barra, un microbalto nadaba en una pecera de licor. En la mesa de más allá, los cadavéricos del sector X-3 se resucitaban con sus desfibriladores y las pócimas a las que les había convidado. Se respiraba un ambiente de jovialidad, de hermanamiento. Al pobre tipo al que había robado su patrimonio familiar no le habría parecido muy bien, pero no se podía contentar a todo el mundo.

A la que sí podía contentar era, desde luego, a Salda. Como él, una virtinia de piel azulada y viscosa, de ojos tan negros como los moluscos de sus profundos mares. Como él, aficionada a la mala vida y cautelosa de la peor muerte, con presencia recurrente en garitos de la peor calaña. Sus petos blancos, armaduras baratas de combate, disuadían a cualquiera de intentarles arrebatarse la bolsa, la vida o el honor. Eran mercenarios, y no les importaba mostrarlo.

-¡Ah, qué vida la mía!-exclamaba Ztar-Lynn, golpeándose el pecho mientras los tentáculos faciales del camarero iban vomitando tinta etílica sobre los vasos-. No habría pensado lo mismo hace años, cuando mendigaba en los puertos de la Ciudad Estrellada, ni cuando los lagos ácidos del sector ZX-56 estuvieron a punto de devorarme, pero... joder, me encanta mi vida. Me entusiasma. Quiero estar contigo hasta que la constelación de los látigos llameantes desaparezca del cielo. Y, cuando el eco luminoso de esas estrellas muertas desaparezca, el de mi corazón seguirá sonando por ti.

Acercó los filamentos de la mano de Salda a su pecho, dejando que sintiera su ritmo firme y constante. Dieciséis latidos por minuto. Un corazón con el que quería pasar el resto de su vida.

-Yo te amo más, cariño. Tal vez no sea tan buena con las palabras como tú, te lo reconozco, pero no puedes negar que somos el uno para el otro.

-No, desde luego que no.

Se acariciaron mutuamente, delante de esos extraños a los que poco debería importarles sus vidas, sus gestos de amor, ni ese tercero que yacía dentro del vientre de su mujer.

-Bien. Lo hemos conseguido. Tenemos dinero para toda una vida, Ztar-Lynn. Ya podemos retirarnos y vivir para siempre en ese planeta. Ya he hablado con la inmobiliaria y no debería haber problema.

Asintió, pero con una falta de sinceridad manifiesta. La vida en pareja, aún con sus cosas buenas, no le parecía especialmente halagüeña.

-¿Te pasa algo?

-No, solo que... estoy pensando aún en el trabajo que me ofrecieron.

El rostro de Salda se ensombreció. Ya conocía la cantinela que le iba a soltar, pero escuchó de todas formas.

-Ya hemos hablado de esto. Es demasiado arriesgado.

Él le acarició la cabeza, disfrutando del modo en que parecía ronronear. Joder, cuánto la quería.

-Lo sé, cariño. Pero piensa en el dinero. Tal y como están las cosas, podemos vivir una vida cómoda, pero no estamos protegidos por si nos pasa algo inesperado. Podemos perder la casa por un ataque cotidiano, podemos contraer una enfermedad costosa de tratar... pero, con lo que nos están ofreciendo, podríamos vivir como reyes y, aun así, tener dinero para pagar todo lo que necesitemos. Lo que nuestro hijo necesite.

Acarició su vientre, besó su frente. Siempre funcionaba.

-Tendría que ser la última vez. Y yo... yo no iré, Ztar-Lynn. Ya sabes lo que me recomendó el computador.

Sí, era justo. Asintió, frenético, aceptando esa victoria a medias, disfrutando de esas emociones fuertes que no estaba experimentando aún, reviviendo aquella ocasión en la que estuvo a punto de ser devorado por los leviatanes de la Excelsa Constelación. La vida, la muerte... se fundían en las excreciones nerviosas de su cuerpo cuando estaba cerca del final. No mentía cuando decía que quería dejarlo después de ese último trabajo, pero sabía que no decía la verdad. Sabía que, cuando se cansara de su plácido planeta y de los adorables llantos de su niño, querría volver a volar.

-Ya verás, cariño. Va a ser como pasar un láser por el pecho de un maniquí.

Ella no dijo nada. Abandonó su bebida y dejó que la acariciara, calmando en parte sus preocupaciones. Pero nada podía distraer a Salda del hecho de que su hombre iba a adentrarse en el lugar más peligroso del cosmos conocido, a robar el Código Genético Sagrado de los Invencibles.

...

En el orbe que llevaba en las manos estaba contenido un mundo, casi una galaxia. Las hélices giraban a la velocidad de la luz, con vivos colores y fogonazos brillantes y seductores. Miles de Invencibles habían dado la vida para fabricar ese amuleto, millones habían muerto a lo largo de los años para protegerlo. Ztar-Lynn, al verlo (sus latidos eran atronadores, sus ojos negros dilatados y llorosos), no podía comprender que el número de vidas derramadas para protegerlo ascendiera a esa cifra. Deberían haber sido billones.

<<Y, aun así, lo habría conseguido de todos modos>>-pensó con orgullo. Su mochila propulsora le transportaba a lo largo y ancho de ese cielo rojizo donde flotaban los rayos, las naves, los poderosos alienígenas que perseguían al hombre que les había robado su patrimonio máspreciado.

Los Invencibles tal vez exageraban en su nombre, pero sin duda se trataba de la especie inteligente más formidable del firmamento conocido. Caían en picado sobre él con sus aerodinámicos apéndices de metal, y establecían humillantes comparaciones al lucir su físico escultural recubierto de esa fina coraza cutánea que les volvía especialmente resistentes a cualquier tipo de dolor o daño. Parecían balas cruzando el cielo, disparadas por una pistola que le apuntaba directamente a él. Por debajo de ellos, las cumbres escarpadas de su planeta recordaban a cualquier visitante por qué eran la raza más temida de todas. Por qué todo intento de invadir ese planeta había fracasado.

-Exigimos la rendición inmediata-decía una voz cuya gravedad artificial habría sido capaz de helar la sangre de cualquier ser vivo en la galaxia-. Cualquier intento de huir será recompensado con la muerte.

Hablaba la computadora central de una de las naves-colmena. Tuvo que reprimir un respingo al girar el cuello para verla y acabar comprobando cómo todos esos metálicos superhombres habían contorsionado sus cuerpos hasta formar una estructura capaz de sobrevolar la superficie de su planeta. Sus formas inéditas, que parecían girar en torno al núcleo informático que había hecho posible la unión, acabarían poblando sus más variadas pesadillas.

Si es que vivía para contarlo, claro.

Miró hacia arriba, temeroso y extático. Aún no se encontraba allí la nave que lo recogería, y estaba rodeado. Naves-colmena y, a su alrededor, esos semidioses alados que lo apuntaban con la energía latente en sus poderosos dedos.

Sopesó sus posibilidades, nervioso: aunque había conseguido colarse en el equipo de mantenimiento que solía limpiar la sala del trono donde se encontraba ese tesoro, no podía enfrentarse con ellos en una confrontación directa. Independientemente de su estrategia, de su pericia, de las armas que tuviera, se trataba de una empresa tan imposible que solo un loco habría podido concebirla. No podía vencer.

Pero, si era listo, tal vez no tuviera que hacerlo.

Se lo jugó todo a una corazonada reflexiva por la que, con lentitud, cambió la dirección de su pistola. En vez de apuntar a sus oponentes, contra los que poco podía hacer, rozó con la punta de su cañón el orbe que llevaba en la mano. Eso podía provocar que le volatilizaran al instante o que, al contrario, se volvieran dóciles.

Los Invencibles permanecieron inmóviles, sus magníficos apéndices aleteando con una cadencia lenta y fúnebre. El odio que se reflejaba en su rostro era la prueba fidedigna de que no podían hacer nada.

-Exigimos la rendición inmediata-repitieron, al unísono. Pero, aunque el tono era exactamente el mismo de antes, estaba desprovisto de la autoridad que su miedo le había conferido. Tenía la situación por el mango, y eso hizo que todo el esfuerzo hubiera merecido la pena.

-¿Sí? Yo creo que no hay nada que exigir. Porque, si intentáis vaporizarme, este orbe se va conmigo. ¿Me equivoco?

No se equivocaba, como atestiguó el silencio de los marciales combatientes de ese legendario planeta. De hecho, aquello era lo que había salvado su vida. Se dio cuenta, con un vértigo que nada tenía que ver con las decenas de kilómetros por encima del nivel del mar en los que se encontraba, de que podrían haberlo matado en cualquier momento... pero no sin destruir lo más preciado que tenían.

-El orbe es irrelevante-dijo finalmente uno de los Invencibles-. Se encuentra copiado en las computadoras subterráneas, donde podemos reproducirlo. Simplemente, queremos evitar que nuestro código genético acabe en manos ajenas. Entrégalo.

Negó con la cabeza.

-No. Si así fuera, yo sería ahora una estela de humo en el cielo. Esto es lo único que tenéis para manteneros tan fuertes, tan listos... y tan buenorros, no lo vamos a negar. Pero, aunque yo no soy muy guapo, no tengo un pelo de tonto. Y sé que, si me han pagado tanto por esto, es porque es insustituible. El esfuerzo de todos vuestros científicos para crear una raza autárquica de superhombres. Y yo podría acabar con todo eso en un segundo.

Movió su pistola ligeramente y miró a sus perseguidores. Indiferencia, frialdad. Ningún cambio perceptible. Pero, joder, podía sentirlo. Podía sentir cómo el ambiente se cargaba de una energía siniestra, de tensión eléctrica y dolorosa. Vivía para momentos como esos.

Finalmente, uno de ellos habló, con esa voz de trueno encendido:

-Preferimos que nuestros hijos crezcan débiles y enfermizos a que la Corporación Esmeralda se quede con lo que es nuestro. Con guerreros como nosotros y su infinidad de recursos, arrasarían este planeta.

-No creo que tengáis vocación de suicidas-se burló, jugueteando con su arma-. Mirad, la gente de la Corporación solo quiere negociar. Prefieren comprar vuestros recursos minerales y vegetales en vez de perder efectivos contra vosotros. Pero, en fin, sois vosotros

quienes habéis preferido aislaros del resto del universo. Deberíais haber pensado en las consecuencias.

En realidad, admiraba el espíritu independiente de los Invencibles, pero no le serviría de nada decirlo si quería hacerles la guerra moral.

Comprobó que su mensaje les hacía pensar de nuevo. Esos seres extraordinarios sopesaban los pros y los contras de matarle allí mismo, y estaba convencido de que parte de las ventajas consistían en la satisfacción de ver cómo desaparecía su ladina mueca.

-Y, si lo que dices es verdad, ¿por qué creer que sería más honorable rendirnos? ¿No sería mejor resistir una última vez que convertirse en esclavos?

-Ah, el honor. Los hombres lo invocan mucho en sus discursos, pero rara vez actúan en consecuencia. En ocasiones lo hacen cuando lo que está en juego es su vida, pero rara vez cuando el que morirá por honor es su hijo. Y ambos sabemos que la Corporación no tendrá reparo alguno en segar las vidas más pequeñas para obtener lo que quiere. Pero, además, si me dejáis marchar os ofrezco algo más.

La respuesta se hizo esperar. La paladeó durante largos segundos, perfectamente consciente de que su vida dependía de ella, y también el bienestar de su hijo. Sabía de lo que hablaba cuando hablaba del deshonor.

-Os ofrezco la esperanza-completó, confiando en que su cursilería no sería correspondida con su justo castigo-. Os ofrezco la posibilidad de recuperar vuestra combinación de ADN, si la suerte os asiste, durante el tiempo que la Corporación Esmeralda tardará en analizar y reproducir vuestro milagro genético. Os ofrezco la posibilidad de luchar otro día, algo que no tendréis si aprieto el gatillo. La decisión es vuestra, amigos. Espero que vuestra fama de inteligentes no sea injustificada.

Había vaciado su cargador, había gastado todas sus palabras. Miró a esos seres comunales y solidarios, a esa gente cuyo líder (si es que existía) no podía identificar. Los miró, y confió en que fueran como él. En que quisieran luchar, en circunstancias más justas y con la debida planificación, aunque les costara la vida.

Su contestación cayó sobre él como la hoja de una guillotina.

-Hoy te has convertido en un enemigo de nuestro pueblo-dijeron al unísono.

Se marcharon sin decir una palabra más, dejando que rellenara con su imaginación las posibles consecuencias de esa novedad. Sus alas y sus naves, sin hacer apenas ruido, se alejaron dejando el rastro agrio de un mal sueño que se resiste a ser irreal. Sabía que no era una trampa, pero eso no impidió que una sensación extraña se apoderara de él. Una intuición inexplicable le advirtió de que aquel sería el momento que definiría el resto de su vida.

Aun así, cuando la nave de la Corporación hizo descender su rayo tractor para sacarlo del planeta, tuvo que reírse. En ese momento no existía el porvenir, y mentiría si dijera que se estaba acordando de su mujer y de su futuro hijo. Mucho menos se acordaba de las familias de superhombres a las que acababa de poner en peligro. En ese instante solo existía el triunfo más primario, la victoria de un animal sobre otro por una presa muerta en el suelo.

Sí, definitivamente vivía para momentos como ese.

...

El firmamento era exasperantemente bello. Las estrellas, que en otros mundos más habitados y de una civilización teóricamente más avanzada estaban ocultas bajo una capa de luz y mugre, vomitaban su fulgor con la chulería de quien se sabe por encima de uno. Ztar-Lynn podía reconocer la forma de las constelaciones donde había sufrido y llorado, donde había estado seguro de que iba a morir.

-Nos lo hemos ganado.

La voz de su mujer, sentada en la mecedora de fuera de su cabaña, tenía un tono tranquilo. Un tono de madre acariciando a su retoño, un tono cálido y amable... y adormecedor. Ztar-Lynn, al escucharla, pensó en las risotadas de esa mujer que había conocido en mitad de aquel tiroteo. Se acordó, malditos sus muertos, de todo el tiempo que llevaba intentando evitar las noticias de la guerra contra los Invencibles y de los largos días que esa barriga de embarazada les había impedido echar un polvo. Los cardos plateados de sus macetas eran preciosos, pero más preciosos eran esos jugos vaginales de su amada que le estarían vedados hasta después del parto.

-¿En qué piensas?-preguntó la dulce Salda, la Salda a la que acariciaba con los filamentos de su mano porque no podía hacer otra cosa con ella.

-En nada. Voy a pasear, ¿vale, preciosa? Enseguida estoy contigo.

Le agarró de la mano con una dulzura que le repugnó. Como si fuera a morirse por darse un garbeo en un lugar tan seguro y tan aburrido como ese. Como si necesitara estar junto a ella para respirar. Qué asco.

-Vale, guapo. Ten cuidado, ¿vale?

Una sonrisa nostálgica se dibujó en su semblante de pirata.

-Cariño, no habría sobrevivido a las miasmas del Planeta Vedado si no fuera un hombre cauto. Tranquila.

Dicho esto, se alejó con pasos mecánicos, intentando despertar en su interior las bucólicas alabanzas que muchos poetas habían hecho de cuerpos celestes como esos. Pero la hierba fresca se le antojaba tan anodina como molesta al caminar. Prefería el concreto de las ciudades o los listones de madera de los bares.

Sin embargo, tenía que admitir una cosa, y se lo admitió a sí mismo con una risueña resignación cuando sus pies rozaban la fresca hierba que endulzaba la noche. Y es que no se imaginaba las manitas y los piecitos de su futuro hijo en los bares que había frecuentado, pero sí en ese mundo. Un mundo que, muy a su pesar, tendría que ir aprendiendo a amar.

<<Cosas peores he hecho>>-se consoló, y no era un mal consuelo. Sus manos aún se llevaban las manos a la pistola cuando se oía un crujido en su cabaña, pero ya lo hacían a una menor velocidad. A decir verdad, agacharse para acariciar la hierba era mucho mejor para su piel, y ese tono verdoso no le resultaba desagradable a los ojos.

Pero, incluso tras medio año de inactividad, un viejo canalla como él sabía reconocer cuándo la hierba cambiaba de textura. Cuando, pese a que el color se mantenía intacto, este no formaba parte de la naturaleza, sino de un agente externo, de algo que no formaba parte de ese mundo. Apuntó con su arma, confiando en que Salda tuviera la suya a mano. Temeroso de su mujer, de su hijo, con una adrenalina que no le causó placer sino que se limitó a desentumecer sus músculos y agudizar sus sentidos.

Solo entonces miró hacia adelante para ver a quién pertenecía esa figura que le había provocado tal conmoción. Entonces, dejó de encañonarla, no porque la amenaza hubiera llegado a su fin, sino porque sabía que poco podía hacer contra ella.

La reconocía. La reconocía de habladurías y leyendas, de testimonios de hombres a cuya cordura habría confiado su vida. Aun así, tal vez por deformación profesional, había decidido hacer oídos sordos a esas advertencias. Él conocía el universo, había explorado gran parte de sus rincones más oscuros, y siempre había hecho ostentación del convencimiento de que no existía justicia divina ni nada que se le pareciera. A los que nos desagran, había pensado y seguiría pensando hasta su muerte, hay que responderles con una bala y no con una oración.

Pero ahí estaba. Ahí estaba, levitando un palmo por encima del suelo sin ninguna mochila ni bota propulsora a la vista. Con los pliegues de su capa verde quietos como los de una estatua, con la brisa detenida por su presencia, con esa capucha que solo dejaba ver dos estrellas rojas donde deberían haber estado sus ojos. La Doncella Vengativa, tan terrible y tan majestuosa como se la había imaginado. Con una belleza que le hizo querer arrancarle sus opacos ropajes hasta quemarse las manos.

Pero solo pudo escuchar.

Al principio, en realidad, solo pudo oír. Oír cómo el viento volvía a aparecer, como si su pasajera ausencia hubiera sido una inspiración. Y ahora espiraba, en un vendaval que levantó briznas de hierba a su alrededor. Ztar-Lynn tuvo que apoyar con firmeza los pies en el suelo para no salir volando ante el enfado de la naturaleza, aullido de ese planeta que había decidido dejar de ser pacífico después de haber pasado millones de años en un estado de perenne quietud. Una lágrima se le derramó por el miedo y el arrepentimiento, tal vez como pésame a ese mundo que había comprado para llevarle la desgracia.

Solo entonces, tras haber oído, pudo finalmente escuchar.

-Has cometido una transgresión-decía una voz cortantemente femenina que se imponía al viento, o que acaso se fundía con él-. Has vendido el destino de un pueblo por dinero y, tras limpiarte las manos, los has condenado a una vida de conflictos y esclavitud. ¿Cómo te declaras?

El vendaval se convirtió en huracán, con ellos en su núcleo. Miró hacia la cabaña, comprobando que seguía en pie, y tuvo que horrorizarse al ver cómo esas estelas de aire amagaban con rozar lo que había construido junto a Salda. Embobado, ignoró la pregunta.

-¿Cómo te declaras!?

Aunque no parecía posible, ese fenómeno antinatural creció en intensidad, superando a todo lo que había visto. Supernovas, agujeros negros... las formas que tomaba el huracán eran aún más epatantes y horribles, tal vez porque no se trataba de un fenómeno externo. Por el contrario, venía de él.

-¿CÓMO TE DECLARAS!?

Se retiró un par de pasos hacia atrás, buscando una solución que implicara a su pistola o a sus reflejos. Pero, además de valiente, Ztar-Lynn siempre había sido astuto, y sabía que no ganaría nada intentando negar lo evidente.

-Culpable.

Esas cuchillas que despedazaban el oxígeno no se detuvieron. Por el contrario, como si estuvieran en el núcleo de alguna lavadora titánica, su velocidad se vio engrandecida por un fervor sádico de centrifugado. Ante eso, poco podía hacer.

-Has arrebatado a ese pueblo lo más íntimo que tenían, aquello que daba forma a sus manos y a sus neuronas, a cada micra de sus cuerpos. Por eso serás castigado. Y, por eso, tu código genético mutará a diario. A veces de forma imperceptible, a veces de forma monstruosa. Pero siempre será distinto. Te arrebato lo que les arrebataste a ellos: lo que eres.

Un rayo cayó en ese mundo por primera vez, seguido de un trueno que no era tan contundente como sus palabras. La mano huesuda de la Doncella se extendió hacia él, con un brillo verde y radiactivo que lo bañó. Cualquier palabra sería pequeña para describir su dolor.

Después de que el bandido legendario se derrumbara como un niño que aprendía a andar, el viento fue perdiendo intensidad. Ese huracán desapareció como había venido, como la rabia de un hombre pacífico que da un solo puñetazo cuando pierde la paciencia. Y, hecho

su trabajo, la Doncella Vengativa ascendió a los cielos en silencio. Contemplando, satisfecha, los frutos de su venganza.

Ztar-Lynn no se atrevió a moverse durante minutos y, aunque lo hubiera intentado, la agonía se lo habría impedido. Cuando finalmente se atrevió a extender la mano, pudo ver que uno de sus dedos era más grande que los demás, y que sus filamentos habían sido sustituidos por granitos que expulsaban un reguero de pus por la hierba antaño inmaculada.

Bajo el peso de esa oprobiosa maldición, el mercenario avanzó como una lombriz, con la gravedad perdiendo toda discreción y haciéndose notar como nunca lo había hecho. Se arrastró, respirando dificultosamente por las branquias de sus oídos, que nunca antes había tenido en esa parte del cuerpo, o intentando imaginar qué forma tenían esas piernas que ya no se movían. O preguntándose por qué sus genitales rozaban las puntas de sus pies.

La llegada a la cabaña fue tortuosa, con la hierba cayendo sobre su cabeza, con ese viento calmado recordándole cuál sería su destino durante el resto de su vida. Había pasado el vendaval, pero él seguía allí. Derrotado y roto para siempre.

Cuando llegó, su preciosa y querida Salda se encontraba allí, con la mano en la boca, horrorizada ante lo que veía. El mercenario intentó balbucir alguna disculpa, alguna explicación. Sin embargo, sus mutadas cuerdas vocales eran incapaces de proferir algo que no fuera un gruñido ininteligible.

Los cardos de plata yacían en el suelo, arrancados de sus macetas por el viento.

...

En el Área de Alumbramientos de la Orden Médica solían escucharse todos esos bienvenidos llantos primerizos, esos gritos de heroica agonía materna, las risas de los conmovidos familiares. En contraposición con el silencio que imperaba en el resto del convento, aquel lugar se consideraba uno de los más felices de la galaxia.

Ese día, sin embargo, las cosas eran distintas.

Ztar-Lynn se encontraba tumbado entre varias sillas de la sala de espera, entre la vigilia y el sueño, con una pierna más larga que la otra y un ojo de colores contradictorios entre sí. Y con un miedo mucho más penetrante que las mutaciones que afeaban su cuerpo y que ese día, al menos, habían decidido darle una relativa tregua.

Lo habían intentado todo. Habían comprobado, muy a su pesar, cuán rápido se esfumaba el dinero cuando se buscaban doctores para curar lo incurable. Los mejores hospitales del universo habían recogido muestras suyas para intentar curar su dolencia genética, resultando en el fracaso más estrepitoso. Y, cada vez más pobres, cada vez más cabizbajos, se habían resistido a vender ese mundo imposiblemente idílico que habían comprado. Así habían acabado en ese centro de caridad, y así había acabado teniendo que oír un silencio infame durante el día en que debería haber escuchado el llanto más hermoso de su vida.

La llegada de la monja, ataviada con sus amplias ropas anaranjadas, confirmó sus temores. Ni siquiera tuvo energía para llorar cuando ese rostro arrugado y grisáceo, con esos misericordiosos ojos rojos, pronunció las palabras que sellaban su destino para siempre:

-Lo siento mucho. Ha habido complicaciones en el parto y... su mujer y su hijo ya no están con nosotros.

El mercenario frunció el ceño. Había creído que, después del dolor agónico que experimentaba a diario, nada dolería de verdad. Se había equivocado, como tantas veces.

-Están muertos-corrigió, con la mirada perdida-. Lo siento, hermana, pero nunca he sido de los que creen en los cuentos de hadas. Parece que ya no tenemos que hacer nada aquí, pero quiero ver a mi hijo.

Nunca había visto una expresión tan negativa sin apuntarle a la cara a nadie con un arma.

-Señor, no creo que sea una buena idea.

-Yo creo que sí.

-Señor...

-Tengo derecho a verlos-exigió, incorporándose-. Le agradezco su atención, pero no tengo por qué darle explicaciones.

Su frialdad sorprendió a la monja, y podía entenderlo perfectamente, pero ya había llorado todas las lágrimas que tenía que llorar. Ya había llorado cuando habían empezado los dolores para Salda, cuando había visto esa figura indescriptible en la ecografía. Y, por eso, sostuvo la mirada a su interlocutora con la quietud digna de quien sabe que está condenado.

Ella no tuvo más remedio que acceder.

-De acuerdo, pero... lo que verá no le va a gustar.

Ztar-Lynn suspiró, más calmado. Contento, en cierto modo, de que su sufrimiento hubiera llegado a su fin.

-Lo sé. Pero tengo que verlo.

En silencio, la hermana aceptó su petición. Le guió a través de un pasillo cruelmente breve, que no le dio tiempo a reflexionar antes de encontrarse con la habitación.

Allí estaba Salda, con el rostro apoyado en la almohada. Sus ojos cerrados le daban un aspecto tranquilo, pero su boca deformada en una mueca de pánico le confirmó el dolor que debía de haber sufrido. Las dos monjas que la rodeaban parecían conmocionadas. A pesar de todos los malos partos que debían de haber presenciado, nada podía haberles preparado para la cosa que se encontraba debajo del cadáver.

<<Perdóname, mi amor>>-pensó, acercándose a esa figura amorfa, sucinta concentración de todos sus pecados-. <<No te merecías esto>>.

Era enorme, una mancha de suciedad carnosa en el suelo. Un organismo viscoso que no correspondía a ninguna especie conocida y cuyos contornos parecían incompatibles con la vida, en el que el pelo y las escamas plumosas se daban cita en una diabólica mezcolanza.

Pero lo peor en esa masa inefable de sufrimiento capado por la muerte eran los dos ojos que parecían mirarlo desde abajo, con la forma de dos amebas y una inerte opacidad que le hizo apartar la vista. En ese momento, pese a todos los momentos de gloria que había vivido, deseó haber nacido como ese crío deforme. Sin vida, derrotado por la mera fuerza de la naturaleza. Habría sido mejor para todos.

-Señor, ya hemos atendido a su petición.

-Sí... sí, ya he visto suficiente.

Las monjas lo miraron con cautela, tal vez preguntándose quién había sido ese hombre que hablaba con tanta calma después de lo que había visto.

-Tenemos un servicio de últimas voluntades. Díganos el lugar donde desea que se les entierre y mandaremos una nave durante los próximos cinco días. Por supuesto, nos ocuparemos de los servicios funerarios.

-Sí, sí, claro. Muchas... muchas gracias, de verdad.

Les dio las coordenadas del planetaide, y luego depositó una donación con lo último que tenía. Miró a su esposa, sin palabras. Posó un beso etéreo en su frente, despidiéndose para siempre.

Cojeando por culpa de la irregularidad de sus piernas, abandonó el recinto sin siquiera poder mantener un paso digno. Al salir, se encontró con la torre imponente y barroca de la Orden, cuyos relieves pulcros describían las matanzas interestelares que las religiosas habían tenido que soportar. Se apoyó en sus blancas paredes, alzando la mirada a la cúpula que mantenía ese refugio protegido del abismal espacio. Agarró su dispositivo y

modificó su testamento. Que las monjitas se quedaran con su pedazo de roca, tanto daba. Seguro que lo aprovechaban mejor que él.

Estuvo cerca de una hora mirando al cielo, intentando pensar en cualquier cosa. En los licores estrellados de Valiria, en el firmamento bárbaro de los mundos indisciplinados, en la belleza intocable de las tecnodeidades prostituidas de la Arcadia Robótica. Pero nada pudo consolarlo.

Por mucho que se esforzó, las lágrimas volvieron.

-Estarás contenta-gruñó-. Yo me lo merecía. Eso lo acepto, mala puta sobrenatural. Pero ella no se merecía esto, y mucho menos esa criatura que ni siquiera has dejado nacer. Echaste una maldición sobre mi ADN, sin pensar en lo que eso iba a suponer para mi hijo. O para mi padre, pero espero que ese viejo cabrón haya muerto hace mucho. Eres mucho peor de lo que yo he sido jamás. Eres una vergüenza para el universo. Y creo que sé por qué.

Tuvo la osadía de reír secamente.

-Mucha gente, cuando oye lo de "Doncella Vengativa", piensa que lo importante es "vengativa". Pero yo, fíjate, creo que es "doncella". Creo que no has catado un hombre o una mujer en tu vida. No sé si no te está permitido, no sé si no has podido en los miles de años que tienes. Pero sé tratar a la gente, y sé reconocer a una malfollada cuando la veo. Oye, no pasa nada, yo también tuve esa época. Pero no vayas de justiciera por la vida cuando... cuando tú nunca te has enfrentado a los problemas que yo. Y no digo que yo sea un santo, pero nunca jodí a nadie por rencor ni por odio. Ni mucho menos por envidia.

Tragó saliva, mirando al infinito en busca de una respuesta que no iba a llegar.

-Ellos no tenían por qué sufrir...-insistió, ahogado por las lágrimas-. No tenía por qué sufrir nadie más que yo...

Tomó el aliento.

Tranquilo, colocó su pistola en la barbilla. Apretó el gatillo, sin centrarse en oscuros arrepentimientos sobre los que no valía la pena hacer ninguna reflexión. Todo acabó rápido, más rápido de lo que merecía.

Su cadáver permaneció unos minutos tumbado hasta que las monjas salieron para recogerlo. Su conmoción, comprensible en una situación como esa, tenía mucho que ver con la muerte de ese hombre misterioso que había venido a pedirles ayuda, pero también con otra cosa que vieron.

A lo largo de los años, se fue extendiendo el rumor de que aquella espectral mujer había visitado a su última víctima tras su muerte. Las habladurías decían que había flotado frente al cadáver sin decir una palabra, y que luego había desaparecido. Se decía que las sombras que ocultaban su rostro se habían retirado levemente, y que desde entonces fueron menguando hasta desaparecer.

Se decía también que sus ojos sanguinolentos estaban empapados de lágrimas.